

Siempre hay un silencio extraño cuando terminas tu pregrado. No podría decir que es felicidad. Llevas tantos años detrás de un objetivo, lo viste tan lejos al iniciar, parecía imposible cuando inscribías esas asignaturas insuperables, y creías que cada traspasada era eterna.

Un día, inscribes Proyecto de grado, y ves la luz al final del túnel, aunque sabes que falta lo más difícil. Y luego de uno, dos o más semestres de trabajo poco constante, apruebas la asignatura y tu avatar en el Sistema levanta los brazos en señal de triunfo.

Es un momento ambiguo, sientes satisfacción por la mirada orgullosa de tus padres, un poco de incredulidad al mirar hacia atrás y saber que has superado tantos obstáculos académicos; pero, sobretodo, sientes un enorme vacío en el pecho al pensar en el futuro. “¿Y ahora que sé tanto, qué?” diría Quino.

Curiosamente, hace 30 años, nuestro país elevaba a sus bachilleres a la estatura épica de los semidioses, hace 15 años lo hacía con los profesionales, y desde hace 5 para acá, lo hace con muy pocos magíster. Hoy, sólo los doctorados gozan del estatus académico que otrora tenían los pocos titulados de cada pueblo.

Así que las opciones se reducen bruscamente y, luego de pasar tu hoja de vida como profesional y recibir un contundente “¡lo siento, pero sólo contratamos profesionales con maestría!”, te decides a empezar de nuevo. Primíparo una vez más: un camino largo y un proyecto borroso se dibujan ante ti.

Y si el proyecto no fuera una preocupación suficiente, vienen las preocupaciones económicas ¿cuánto cuesta hacer una maestría? ¿Quién me da una beca? Y te instalas en ese terreno contradictorio: eres el profesional que siempre quisiste ser, pero no tienes experiencia para que te contraten; sabes más que muchos trabajadores contratados, pero no tienes maestría; tienes más ganas de trabajar que cualquier otro, pero no tienes referencias. Y empiezas a buscar alternativas, y te aprendes casi de memoria los acuerdos y resoluciones que pueden beneficiarte.

Ése fue mi caso. Una vez me gradué de mi pregrado (y luego de hacer dos carreras consecutivas -20 semestres-), tomé la decisión de presentarme, de inmediato, a la maestría. Seguramente fue una decisión apresurada, pude pensarlo un poco antes de inscribirme, pude

mirar opciones en el exterior. Pero la emoción de hacer un proceso de admisión fue tan grande, que presenté mis documentos, incluso antes de culminar mi carrera.

Estaba completamente convencido, luego de conocer las diferentes modalidades de becas que ofrece la UNAL, de que sería elegido en la Beca de Asistente de Docencia del Departamento de Lingüística para impartir un Curso Nivelatorio de Lectoescritura para chicos de primer semestre. Apagué los fuegos de mis padres con la escueta respuesta “tranquilos, estoy seguro de que esa beca es para mí. La profesora que está a cargo me conoce desde que inicié mi carrera, no hay pierde”.

Hice papeles, le saqué brillo a la hoja de vida y preparé mi presentación tan convincente como fuera posible. Sin embargo, competí contra profesionales muy bien preparados, que tenían más experiencia que yo, y que opacaron mis logros con sus lúcidos antecedentes académicos y laborales. Creo que al salir de la entrevista, no sabía muy qué iba a hacer. De alguna manera sabía que podía perder. Fue tan así, que hasta busqué la hoja de vida de mis competidores, y descubrí que, para mi infortunio, sus nombres aparecían más que el mío en google.

La respuesta no pudo ser peor: “¡quedaste de tercero! Pero eran sólo dos plazas”.

Tristemente, estoy habituado a respuestas de este tipo: la primera vez que me presenté a la UN, quedé en el puesto 23 de filología francesa (porque no abrían Lingüística a mitad de año) y aceptaron 22 estudiantes. Fue como cuando mis amiguitas del colegio me decían: “eres taaaaan tierno, taaaaan lindo, taaaaan detallista. Me encanta que seas mi mejor amigo”.

Así fue, no tenía la más mínima idea de qué hacer para pagar mi maestría. Es más, estaba seguro de que con esa beca podría, no sólo pagar mi maestría, sino pagar, además, algunas deudillas que tenía pendientes del pregrado. Pero, en lugar de tener certezas y claridades, sólo tenía deudas pendientes y un semestre de cuatro millones por pagar, más mi manutención.

Me encantaría decir que fue un semestre fácil, pero me temo que no fue así. Y espero no caer en un lugar común y decir que con voluntad, todo es posible. En mi caso, no fue voluntad, fue terquedad, me negaba a la idea de renunciar por falta de dinero. Así que opté por seguir los sabios consejos del filósofo contemporáneo Homero J. Simpson: “La única forma de salir del hueco es... cavando”: me endeudé.

Busqué prestamistas en cada barrio conocido y los convencí de que dentro de muy poco tiempo podría pagarles todas las deudas. Seguí cavando, buscando el fondo... pero no había.

Al final del primer semestre, se me ocurrió dictar un curso de italiano a un precio escandalosamente bajo. Llegaron muchos estudiantes y pude pagar muchas de mis deudas, casi todas. Y lo mejor era que tenía una forma de ganar dinero para pagar los semestres siguientes de la maestría. No era nada fijo, pero no me iba a quedar sin estudiar.

Fue tal mi emoción con este nuevo proyecto que me olvidé de las becas de la U, hasta que, un día, luego de almorzar, me crucé casualmente con la profesora que había hecho el proceso de selección en el que no había sido elegido.

- Hola, Edson.
- Hola, mi profe. Buen día
- ¿cómo estás?
- Bien, trabajando juicioso.
- Me extrañó que no te presentaras a la convocatoria de Asistentes.

La verdad es que había olvidado por completo esa opción. Realmente le creí al proyecto de enseñanza de italiano y perdí la noción de las fechas de convocatoria en la U.

- Sí, mi profe. He estado un poco ocupado, y cuando miré las fechas, ya se había cerrado el plazo para presentarse.
- Mmmm... entiendo. Pero ¿estás interesado?
- Sí, claro que sí.
- Pues, una de las personas elegidas renunció. Entonces abriremos convocatoria nuevamente.

Tal vez, a veces no hay que buscar tanto las oportunidades. Tal vez, a veces, sólo a veces, las oportunidades se te aparecen en cualquier esquina.

Sin pensarlo dos veces, preparé mis papeles y los llevé ese mismo día. Sólo nos presentamos dos aspirantes, y yo tenía cerca de 10 años más de experiencia docente que el otro chico; esta vez, era mi turno.

Empecé mi formación docente cuando tenía, tal vez, 19 años. Me tomaba la palabra en clases de mi primera carrera, y jugaba a ser el profesor durante un rato. Los resultados no siempre eran buenos, pero siempre me divertía mucho.

La primera vez que me enfrenté a un grupo bajo el rol de docente, fue a mis 20 años: estaba en cuarto o quinto semestre de Comunicación, y trabajaba en una empresa pre-Icfes en un rol bastante modesto (llevaba fotocopias, llamaba lista, llevaba tinto a los profesores y les cobraba a los estudiantes). Yo quería ser profesor, y en este lugar, además de ocuparme a cambio de algunos pesos, me daban la posibilidad de entrar a las diferentes clases y disfrutar del arte de enseñar, sin importar la asignatura.

Llevaba todo el año entrando a clases de lenguaje, física, química, biología, matemática, sociales, filosofía e inglés. Había tenido la oportunidad de ver en acción a más de 15 profesores, y había seleccionado, con mucho cuidado, los detalles que quería adoptar para mis clases, cuando fuera profesor, y aquellos que rechazaría categóricamente: me di cuenta de que me identificaba más con los profesores con buen sentido del humor, que hablaban con propiedad, usaban el tablero de manera adecuada, tenían bonita letra, generaban debate y siempre terminaban sus sesiones entre aplausos y ovaciones. Realmente me gustaba la idea de ser profesor.

Cada vez que podía, charlaba con los estudiantes, asumía un rol protagónico durante cinco o diez minutos, y luego daba paso a los profesores. Hasta que un día tuve que improvisar: yo llegaba muy temprano cada mañana, sacaba las copias necesarias para cada profesor, organizaba el espacio, imprimía listas y compraba tintos para los egregios maestros. Pero uno de ellos, precisamente el encargado de lenguaje, no llegaba. Entré al salón, dejé las copias, y un chico me abordó:

- Profe, buen día ¿ya vamos a comenzar?
- Sí, claro que sí. Dame un segundo me tomo el tintico.

Con el tinto del profesor en la mano, fui hasta la puerta, hice tiempo, pero él no llegó. El tinto se enfrió, decidí tomármelo y caminar hacia el salón.

- Jóvenes, buenos días.
- Buenos días, profesor – dijeron todos al unísono.

Lo sé, era irresponsable, atrevido y abusivo. Pero no podía dejar a 30 chicos sin clase durante dos horas por el incumplimiento de este señor.

- Por favor, lean el taller, respondan las preguntas y, cuando terminen, lo socializamos.

Como era obvio, yo entregaba fotocopias, pero no conocía la solución, ni la dinámica necesaria para cada taller. Lo único que se me ocurrió fue desarrollar el ejercicio con ellos, y esperar a que los dioses me iluminaran con las respuestas.

Tal vez fueron los nervios, o simplemente no sabía leer. La realidad era que después de devorar el taller tres veces, y tratar de responder las preguntas de selección múltiple, sólo tenía certeza en 2 de 10; las demás eran tan ambiguas que no podía decidirme por una opción.

Cuando los chicos terminaron, sólo atiné a decir

- Ok, vamos a leer en voz alta y sacamos las ideas principales.
- Profe, profe – gritó un muchacho desde el fondo del salón.
- Señor.
- ¿Qué significa “cataclismo”? – el título del texto era *El Cataclismo de Damocles*
- ¿Cómo así? ¿Usted llegó hasta 11º sin saber qué es un cataclismo? ¡Estamos jodidos! – bueno, la verdad es que yo tampoco tenía ni idea, pero en lugar de admitir mi desconocimiento, preferí ridiculizar al estudiante para que no me hiciera preguntas embarazosas. ¿Acaso quién era yo para saber lo que significaba “cataclismo”? ¡Jah, ni que fuera el profesor!

Todos los términos nuevos para mí, cayeron bajo el manto de la infalible afirmación:

- Muchachos, en la prueba no tendrán diccionario, así que debemos encontrar el significado apoyándonos en el contexto en el que se encuentra la palabra ¿qué creen que quiera decir?
- Profe, pero ¿cuál contexto? Si es el título.
- Ay mire, si no va a colaborar, mejor sálgase.

Ok, no lo saqué del salón, pero se lo merecía, estaba dañando mi primera experiencia como profesor.

La clase fue muy divertida, creo que los estudiantes no aprendieron nada; de hecho, creo que lo poco que sabían, lo olvidaron después del desorden que organicé.

- Profe, ¿cuál es la respuesta de la tercera pregunta? ¿La A o la B?
- A ver ¿quién eligió la A?
- ¡Yoooo!
- Danos tus argumentos... bien, muy bien. Me gustan tus argumentos. Y ¿quién eligió la B?

- ¡Yoooo!
- Y ¿tus argumentos?... ¡Mmmm! Pues están muy bien. Y ¿a quién le creen más?

Parecía un programa concurso: entre más gritaran, más opciones había de que su respuesta fuera “correcta”. Esa misma tarde fui a ver las respuestas reales, y creo que de 10 preguntas, di 12 respuestas mal. Espero que esos chicos hayan tenido muy buenos resultados en la prueba; pero, es claro que yo no los ayudé para nada.

Sin embargo, aunque no hubo un contenido en la clase, sí hubo una actitud maravillosa de parte y parte: reímos mucho, pasamos un rato delicioso y descubrí que quería tener ese tipo de espacios, alimentados con una base académica.

Desde entonces, me dediqué a preparar talleres y a solicitar espacios para jugar a ser el profesor. Tuve la oportunidad de hacerlo de manera esporádica durante unos tres años, hasta que me sentí realmente preparado. Para entonces, ya había terminado una carrera universitaria y era un orgulloso estudiante de la Universidad Nacional de Colombia.

La empresa con la que trabajaba se decidió a contratarme como profesor (aunque apenas cursaba primer semestre de Lingüística), y siempre que llegaba a un colegio, me preguntaban

- Profe, y ¿usted es de la Nacional?
- Por supuesto, acaso ¿hay más universidades en Colombia?
- ¡Uy! Profe, ¡qué chévere! Y ¿ya se graduó?
- Eeeee... pues, me falta el Trabajo de grado (y *10 semestres*, pensaba).

Orientaba cuatro o cinco clases en cada institución, todas enfocadas a comprensión de textos de cara a la prueba de estado, y luego huía despavorido (no sabría qué decir en una sexta clase). A este ritmo, visitaba más de veinte instituciones anualmente, en todas trabajaba con chicos de grado 11.

Cada vez que me enfrentaba a un grupo nuevo, sentía un poco de ansiedad, nervios, hablaba más rápido de lo normal, mis clases terminaban cuarenta minutos antes de lo programado, y tenía que inventarme algo para “entretenerlos” hasta que fuera hora de salir.

Fue una gran escuela, tenía días en los que trabajaba hasta en tres colegios: en la mañana, en un angelical colegio cristiano (me daban pánico, siempre pensaba que iba a terminar inmolado); en la tarde, en un estricto colegio militar (me daban pánico, siempre pensaba que iba a terminar reclutado); y en la noche, en un colegio oficial nocturno en algún sector marginal (me daban pánico, siempre pensaba que iba a terminar violado). Y, aun así, me daba mañas para llevar a cabo un taller divertido, elegir las palabras correctas y salir aplaudido a pesar de las diferencias abismales de los contextos.

Aprendí a disfrutar el oficio docente, cada vez con más contenido y con menos dinámicas de programa concurso. Poco a poco, empecé a trabajar con capacitación de docentes y con charlas para auditorios llenos. Los años pasaban, mi formación académica se robustecía, y los años en el campo hacían de mí un ágil lenguaraz (no orador, no conferencista, no letrado, pero por lo menos un lenguaraz capaz de salir aplaudido en los contextos más adversos).

¡Qué bonito sería tener este tipo de experiencia, como profesor de la Universidad Nacional! Seguramente, pasarían años antes de que se hiciera realidad, pero ¡qué lindo sería!

Entonces, empecé a soñar.

Durante el año 2010, la UN vivió una reforma necesaria pero no muy bien recibida. Muchas de sus bondades se perdían: becas, bonos, residencias. El presupuesto de la universidad venía en detrimento: primero se habló del pago del pasivo pensional, luego de la ley de Transferencias y, finalmente, de la acreditación de las carreras. Sin duda, las manifestaciones no se hicieron esperar: hubo paros cada semestre y estudiar regularmente era una hazaña.

Entre los diferentes cambios que experimentó la UN, estaba el de las lenguas extranjeras electivas. Cuando llegué a la U, existía el ALEX (programa de Aprendizaje Autónomo de Lenguas Extranjeras); pero luego de la reforma, esta dependencia cambió su rumbo y se convirtió en el PLE (Programa de Lengua Extranjera). Y pasó de ofrecer cursos en seis lenguas con mucha demanda, a ofrecer cursos presenciales, semipresenciales y virtuales de inglés (una lengua que pocos querían pero a todos nos tocaba).

Los cursos de lenguas extranjeras electivas quedaron a cargo del Departamento de Lenguas Extranjeras, y como el cambio se dio a mitad de año, no había forma de solicitar presupuesto para contratar profesores ocasionales, así que la UN se quedó sin cursos electivos por un semestre, y la ira de los estudiantes cayó sobre el director del Departamento de Lenguas, mi profesor de italiano.

Esta era mi oportunidad, podía ofrecer un curso libre de italiano, que no exigiera inscripción formal y liberara un poco la tensión que había en la universidad en ese momento. Con la pequeña salvedad de que mi nivel de italiano sólo daba para conversar a media lengua con alguien que tuviera mucha paciencia.

Aun así, hice mi propuesta y, con cara de pánico, fue aceptada por los profesores encargados de los cursos. La condición era sencilla, sólo debía reunir un grupo de treinta personas y me asignarían un salón. Así que, un lunes por la tarde, llené la universidad de carteles tamaño carta que decían:

“curso libre de
ITALIANO
Reunión informativa: miércoles 12 m.
Auditorio anexo, Postgrados de Ciencias Humanas”

Información básica, sólo esperaba que dos días fueran suficientes para convocar los treinta estudiantes que necesitaba, y se cumpliría mi sueño de ser profesor de la Universidad Nacional de Colombia. Tenía muy claro que no eran las condiciones ideales: mi curso no estaba avalado por el Sistema de Información Académica (SIA), no tendría remuneración y, seguramente, sería muy difícil porque pretendía dictar algo que no sabía; bueno, no sería la primera vez.

Llegó el día, tuve clase en el mismo edificio de 7 a 9 am, y sólo tenía que esperar hasta medio día para mi reunión. Fui a la cafetería, pedí un desayuno y me dediqué a pensar en qué iba a decir. Realmente sólo debía decir que el curso no exigía inscripción en el SIA y que, por lo mismo, no contaría como electiva, ni se darían certificaciones de ningún tipo, y ya. Pero, y ¿si llegan personas con un nivel diferente de italiano? ¿Ahí qué? Pues, me dediqué a pensar en una forma de trabajo en la que pudieran participar las personas que tenían algo de conocimiento en la lengua. Empecé a escribir, y al cabo de un par de horas, tenía un modelo de trabajo muy interesante.

Eran casi las doce, recogí mis cosas y fui hacia el auditorio. En el corto trayecto, descubrí que el edificio estaba desesperantemente lleno, no se podía caminar con tranquilidad, así que me dirigí a la persona encargada de abrir salones y auditorios:

- Hoja, Javi, buen día.
- ¿Qué hubo? ¿Cómo estás?
- Bien, bien, y ¿toda esta gente? ¿Hay algún congreso o algo?
- ¿Congreso? ¡Qué va! Todos vienen para su reunión.
- ¿cuál?
- Pues, la de italiano.

Me encantaría decirles que mantuve la calma, sabía que eso podía pasar y simplemente entré al auditorio a hacer lo mío; pero no, la verdad fue que sentí un vacío en el pecho, y una vocecita chillona me gritaba al oído:

- ¿Si ve? Y ¿ahora? Eso le pasa por irresponsable.

La ignoré, como hago cada mañana al despertar, y entré con la tranquilidad de quién sabe lo que hace (o por lo menos lo aparenta). Ya había estado en situaciones como ésta: capacitaciones a docentes sin haber preparado nada, y todo había salido bien.

Hice la presentación de mi propuesta... tres veces. Recogí los datos de los interesados y la lista sumaba más de 450 personas. Al final abrí dos cursos y trabajé con más de cien personas. No había forma de satisfacer tal demanda. Los grupos estaban compuestos por estudiantes de pregrado y postgrado, algunos profesores, administrativos, y hasta personas ajenas a la UN que vieron el aviso por casualidad y terminaron beneficiándose del espacio.

Si bien, yo no tenía el nivel de italiano suficiente para enseñar, mi sueño de ser profesor de la UN era tan grande, que me comprometí con los estudiantes a responder todas sus preguntas, así tuviera que pasar mis días buscando las respuestas.

Todos teníamos un rol, unos sabían poco, otros un poco más y muchos sabían más que yo. Así que conformamos grupos de trabajo en los que una persona con conocimiento lideraba actividades que yo proponía: todos aprendíamos de todos, todos aprendíamos con todos, todos construíamos conocimiento de manera colectiva, y era significativo para todos.

Creo que al final de esos tres semestres, todos los participantes de los cursos aprendimos más de lo que esperábamos, gozamos más de lo que imaginamos y descubrimos que se puede aprender en equipo, en un muy buen ambiente de trabajo y siempre con una sonrisa en el rostro.

Estaba muy cerca de cumplir mi sueño: cuando caminaba por la UN, me decían:

- Buenos día, profesor.

Y esa palabra retumbaba en mi interior y me hacía sentir más grande, más orgulloso, más feliz.

Infelizmente, todas las etapas son finitas, y esa no era la excepción. Culminé mi pregrado, también mi vínculo con la dependencia que me apoyaba, recibí mi título, y llegué a la pregunta bizarra con el que inicié este texto “¿Y ahora que sé tanto, qué?”

Sin haber tenido mi primera reunión de profesores de los Cursos Nivelatorios de Lectoescritura, tuve que enfrentarme a los grupos de estudiantes. Me dieron unas listas de correos, les escribí y los cité.

Estos chicos habían tenido una semana de clase con la profesora que había renunciado, luego una semana sin clase, mientras hacían la convocatoria y la selección del nuevo profesor, y luego llegaba yo.

Les escribí un correo simple, nada especial

Jóvenes, buenos días. Yo soy su nuevo profesor de lectoescritura. Los espero la semana siguiente para retomar el curso. Saludos,

No tenía ninguna instrucción, más allá de un programa que no entendía muy bien, y algunas ideas sobre cómo abordarlo. En este punto, ya sumaba muchos años de experiencia docente, muchas adversidades superadas, muchos, muchísimos estudiantes con los que había compartido y una nutrida baraja de opciones pedagógicas para experimentar; sin embargo, en mi primer día, estaba muerto de miedo: me temblaban las piernas, sentía un vacío en el estómago, no sabía muy bien con qué me iba a encontrar, qué iba a decir o cómo iba a salir todo. Así que preparé algunos textos de apoyo, me vestí muy bien: traje negro, y llegué al salón muy puntual, serio y calmado. Ya habían llegado todos.

- Jóvenes, buenos días.
- Buenos días, profesor.

Era la primera vez que me decían profesor, y realmente lo era: era profesional, tenía experiencia, conocía el tema que debía orientar y mi nombre aparecía en el SIA.

- Yo seré su nuevo profesor de lectoescritura, debido a que la profesora que estaba con ustedes la semana pasada... se murió.

La mirada atónita de los estudiantes no se hizo esperar, los gestos, sonidos y rostros de espanto congelaron el lugar por un par de segundos.

- Se murió... de la risa porque le salió un mejor trabajo y por aquí, no va a volver – y solté la carcajada.

Es una lástima no tener una foto del momento, o no poder incluir un emoticón en este texto (debería valerse), pero la cara de los estudiantes fue digna de una broma de También Caerás.

Unos pocos soltaron la carcajada más liberadora que haya escuchado en mi vida, otros hicieron gestos de desaprobación. Pero, para mí, era el comienzo ideal. Necesitaba romper el hielo de alguna manera, y no encontré una forma mejor. Antes de que se cumpliera un minuto dentro del salón, ya estábamos riendo. Creo que la sonrisa entre desconocidos es como el abrazo entre viejos amigos: reconfortante y cálida.

Y aquí empieza la historia. Desde este día, empecé a escribir un nuevo capítulo en mi vida, por fin, como profesor de la Universidad Nacional de Colombia. Todavía tenía una nota al pie: era estudiante de maestría, beneficiado con una Beca de Asistente de Docencia; pero mi nombre ya aparecía en el SIA, y mis decisiones ya determinaban el promedio de los estudiantes: la responsabilidad era enorme, pero había trabajado casi una década buscándola, y no podía echarla a perder.

En mi primera reunión estaba tan emocionado que no entendí mucho de lo que se dijo. De alguna manera, me sentía como un intruso en ese lugar. Creía que tenía más experiencia docente que la mayoría de las personas presentes (excepto la coordinadora, que había sido mi profesora), pero no sabía moverme en este nuevo contexto; así que estaba un poco atado.

Jamás les conté sobre mi forma de romper el hielo con los estudiantes, no lo creí necesario. Me preguntaron sobre los grupos, y sólo atiné a decir que tenía chicos de 18 carreras diferentes y que no sabía muy bien con qué criterios podría evaluar sus trabajos.

Algunas de las inquietudes “pedagógicas” manifestadas en las reuniones me parecían obvias o innecesarias. Luego de enfrentarme a grupos tras grupos de estudiantes insoportables que no querían estar en mi clase, y lograr convencerlos de la importancia de los talleres que realizábamos; estar con un grupo de chicos atentos, respetuosos, obedientes y con muchas ganas de cumplir hasta mi más descabellado capricho, me parecía el paraíso. Aun así, algunos profesores hablaban de la dificultad de manejar los grupos... yo, simplemente, no los entendía.

Si les contara lo que es trabajar en un colegio oficial en jornada nocturna en Soacha, pensaba.

Si les contara lo que es hacer una charla sacada de la nada para 200 profesores, pensaba.

Si les contara lo que es ver a militares golpeando chicos y chicas, convencidos de que esa era la estrategia pedagógica adecuada, pensaba.

Leí el programa un par de veces y me parecía tan ambicioso, que estaba seguro de que no lograría desarrollarlo. Había temáticas que yo estudié a lo largo de semestres, y no agoté. Querer

ver esa cantidad de temas, y pedirles un ensayo a los estudiantes me parecía una tarea titánica. Desde la primera vez que lo vi, supe que no era realizable, y así lo manifesté en las reuniones.

Además, teníamos que contar con los aditamentos propios de la Nacional: paros, bloqueos, marchas, pedreas, modificación de los calendarios, poca continuidad. Y, como si fuera poco, los estudiantes seleccionados para el curso tenían un nivel de lectura y escritura tan diferente, que podría decirse que era un grupo heterogéneo, puesto allí porque no había dónde más ponerlo.

Me encontré con chicos que leían muy bien y que escribían... como casi todos los bachilleres actuales: regular, mal y muy mal. Tal vez uno de 25 sobresalía por sus habilidades en escritura; entre los demás, unos conocían más o menos los signos de puntuación (como se conoce a un primo lejano que llega al velorio del abuelo); para otros, la tilde, el punto, y el punto y coma eran un mito mal contado en su escuela.

La primera idea que tuve fue invitarlos a leer un texto y a consignar sus impresiones en un escrito de media página. El resultado era el esperado: la lectura había sido solamente literal, no habían identificado ideas principales, objetivo comunicativo, argumentos, ni premisas. En el texto, se dedicaron a parafrasear la lectura original y a concluir con dichos populares, frases de abuelita o sentencias de Coelho. Para no desentonar, puedo decir que los chicos estaban *razonando fuera del recipiente*.

Cuando recibí y leí los textos, empecé a sentirme más cómodo: ya sabía qué debía hacer. El primer paso fue hacer una lista de los errores comunes, tanto en lectura como en escritura, y hacer una sesión de corrección colectiva para evidenciar estas falencias. Sobre los resultados de tal sesión, aterrizamos el programa (de manera conjunta con los estudiantes) y creamos un cronograma de trabajo. Nuestro objetivo era culminar nuestro curso con un texto argumentativo, pero para llegar hasta allá, debíamos trabajar sobre las estrategias necesarias de lectura, y sobre las herramientas de escritura que nos serían útiles para lograr nuestro cometido (nuestra gesta, en este caso).

No sería fácil, para muchos de ellos sería casi imposible y para otros, sólo sería un espacio de tranquilidad y catarsis, en el que podrían coger a patadas el teclado y enviarme el resultado (suena brusco, pero es verdad).

Ya tenía mucho qué decir en las reuniones. Me sentía inquieto, preocupado, con ganas de trabajar en muchas cosas, pero había poco tiempo y las irregularidades de la U, dificultarían mi trabajo.

Nunca quise ser como muchos de mis profesores. Antes de cada clase, recordaba mis ratos agradables como estudiante y trataba de hacer de mi espacio, un espacio ameno. Sin embargo, la emoción de los estudiantes y su compromiso con las lecturas programadas bajaba semana tras semana. Mientras más exigentes eran sus otros profesores, menos cumplían conmigo. Me vi obligado a hacer llamados de atención fuertes y casi casi, hago examen sorpresa (que para mí, consistía en una forma de represión) (quería escribir *quiz*, pero nunca he sabido cómo escribirlo y como la RAE casi nunca ayuda, pues lo dejo entre paréntesis).

Y si no leían con juicio, pues menos iban a escribir con juicio. Parecía que sus textos empeoraban a medida que avanzaba el semestre. Realmente no sabía si les estaba haciendo un bien: entre más temas veíamos, más mal escribían. No sabía si culpar a la irregularidad del semestre, a los demás profesores o, simplemente, aceptar que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Por lo menos, me tranquilizaba el hecho de que mis preocupaciones eran comunes a las de los demás profesores. Mis ideas y estrategias para incentivar el trabajo de los chicos eran bien acogidas por el equipo de trabajo, y ante mis múltiples preocupaciones, mi coordinadora respondía con una interjección que jamás pude interpretar a cabalidad:

- ¡Jummmm!

Siempre quise entenderla como

Sabes que sí, a mí me pasa algo similar, yo también creo que el programa es ambicioso y a veces no sé si lo que hago vale la pena o no. Podríamos dedicar algunas sesiones a reflexionar sobre la mejor manera de solventar estas dificultades. Qué tal si abrimos un foro en el que cada uno consigne sus experiencias e inquietudes, y entre todos tratemos de dar ideas y enriquecernos como equipo.

Pero las ocupaciones de cada día eran tantas que sólo alcanzaba el tiempo para hablar sobre los temas de vital importancia, y estas inquietudes pedagógicas se convertían en “varios” al final de la agenda del día. Seguramente, de haber estado otra persona a cargo de la coordinación, me habría atrevido a pensar que tampoco tenía las respuestas que yo buscaba, pero yo conocía las competencias de la profesora, siempre la había admirado y consideraba que era la persona idónea

para darme las respuestas que yo no tenía. Tristemente, para muchas de mis preguntas, la respuesta fue la misma:

- ¡Jummmm!

Luego de un par de años en el equipo, entiendo su respuesta: hay tanto qué decir, hay tanto qué hacer, hay tanto qué proponer, que toda propuesta de solución siempre será parcial, insuficiente y, en algunos casos, inútil. Un semestre es muy poco tiempo, y cuando uno cree haber llenado un vacío, y está listo para los que faltan, ¡pum! Se acabó el semestre, y toca empezar de nuevo.

Esa dinámica me recordaba una película que vi cuando era niño, no recuerdo su nombre, sólo que un hombre se despertaba todos los días, el mismo día: sí, como si todos los días fueran 20 de julio o 3 de agosto. Y el día no cambiaría hasta que él lograra cumplir todas las tareas programadas. Así que cada día se despertaba, corría como loco, cumplía la mayor parte de las tareas, no alcanzaba a cumplirlas todas, se acababa el día, y: ti ti ti ti... ti ti ti ti, sonaba la alarmita otra vez, y empezaba nuevamente su maratón.

Más o menos así se sentía al principio, y como si la llegada de 300 estudiantes por semestre fuera poco, también llegaban profesores nuevos. Los becarios y profesores ocasionales cumplían su ciclo, y se iban con su conocimiento a otra parte, y llegaba una nueva persona, con las mismas dudas e inquietudes que tuvimos todos al principio... y ti ti ti ti... ti ti ti ti.

Así las cosas, como corriendo detrás del viento, se repetían algunos senderos, algunas piedras y algunas preguntas, como si fuera un *déjà vu*: algún profesor decía

- “Los chicos me preguntan sobre la forma como fueron seleccionados para el curso, ¿qué les puedo decir?”;

y, sin dar tiempo para pensar una buena respuesta, otro decía

- “escribir exige una retroalimentación constante, pero me es imposible hacerle observaciones a cada chico, cada semana, sobre sus escritos ¿cómo hago para llevar un control individual de sus procesos?”;

y otro, desde el fondo, remataba con

- “y ¿con qué criterios evaluaremos los textos no argumentativos?”.

Y yo, como profesor, miraba a mi coordinadora de aquella época, y a las siguientes, buscando respuestas que nos iluminaran hasta encontrar la más adecuada.

Momento, respetemos la anacronía del texto, volvamos a mi primer semestre.

Sin duda, disfrutaba muchísimo mi rol como profesor. La interacción con los estudiantes era buena: reíamos, discutíamos, llegábamos a conclusiones maravillosas y terminábamos las sesiones de trabajo con una sonrisa.

Para estar a la altura de la situación, me vi obligado a leer, releer y recontraer muchos de los textos. Tomé con seriedad la preparación de las clases, y traté de llegar al salón con tantas herramientas como fuera posible. Sin embargo, las clases no siempre salían como las planeaba, a veces sólo quería que la sesión terminara para poder replantear mi siguiente paso.

Además, tenía dos grupos, y trataba de llevarlos parejos: trabajar los mismos textos, hacer los mismos talleres, proponer las mismas dinámicas. Pero eran grupos tan diferentes que cada clase tomaba su propio rumbo y yo no podía hacer otra cosa que dejarla fluir.

Fue un semestre lindo: retomé lecturas de mis épocas de estudiante, entendí la preocupación de mis profesores ante nuestro bajo rendimiento, busqué la manera de ser un buen profesor. Pero, era sólo el primer paso de un largo camino. Es más, creo que hay estudiantes con los que me da un poco de pena cruzarme, siento que cometí tantos errores, que espero que no me guarden rencor. En un nivel diferente, los veo ahora como a los estudiantes de hace diez años con los que armé un programa concurso en una clase pre-icfes.

Terminó el semestre, subí notas, traté de ser justo y de ayudarlos tanto como fuera posible. Incluso a los que me escribían a unos pocos días de cierre de calificación y me decían:

- Profe, podría por favor, subirme la nota, es que si no me la sube, perderé mi calidad de estudiante.

Para mí, eso era inconcebible. En la Nacional, chicos de primer semestre. De no haber recibido los correos, no lo habría creído jamás.

Y, en contra de todo pronóstico, parece que mi trabajo les gustó a las personas encargadas y estuvieron de acuerdo en que continuara en el equipo. Así que mi beca fue renovada, y podría intentarlo una vez más.

Es una forma un poco experimental de ver la docencia, pero así la sentía. En mi carrera, nunca leímos sobre pedagogía, mi forma de aprender a enseñar siempre fue experimental. De vez en cuando revisaba algún autor o alguna experiencia, pero pocas ideas eran aplicables a los contextos con los que me encontraba, así que tenía la necesidad de buscar soluciones, a mi manera.

Cuando comenzó el siguiente semestre, llegó una nueva persona a la coordinación: tenía una perspectiva diferente, un poco más amplia, creería yo. No digo que en la educación “se vale todo”, pero si se trata de buscar rutas, medios y estrategias para construir conocimiento, es viable explorar; y para este segundo semestre, sentía la libertad de explorar.

Mis preocupaciones eran las mismas, pero estaban soportadas en la experiencia adquirida durante un semestre de trabajo: el programa era ambicioso, teníamos que trabajar en él (punto 1 del semestre); la evaluación estandarizada era una de mis mayores preocupaciones, ¿cómo podría evaluar de la misma manera a un estudiante de Lingüística y a uno de Agronomía? Sus necesidades e intereses eran totalmente diferentes, y nosotros pretendíamos evaluarlos y calificarlos como si fueran idénticos (punto 2 del semestre); además, me preocupaba que los profesores hiciéramos un trabajo tan independiente, que chicos de grupos diferentes, al final del semestre, tuvieran conocimientos, habilidades y destrezas tan distantes como si hubieran visto una materia diferente, y no era así (punto 3).

Y se activó la lista en el SIA, y vi los grupos, salones y horarios. Mi emoción fue indescriptible. Era muy parecida a la emoción de encontrarme un grupo nuevo de chicos de pre-icfes, o un grupo nuevo de italiano, pero elevada a la n potencia. Parecía un niño chiquito: repetía frente al espejo las cosas que les iba a decir (todavía lo hago), revisaba todos los materiales necesarios, llevaba actividades de sobra para cada sesión; era un juego: una vez más, jugaba a ser el profesor, y lo disfrutaba muchísimo.

Para mi fortuna, recibí el grupo de chicos más maravilloso que he había tenido hasta entonces: era un grupo muy heterogéneo y muy trabajador. Desde el principio, les propuse retos difíciles de alcanzar, textos exigentes, talleres emocionantes, juegos lingüísticos divertidos; y, de alguna manera, estuvimos de acuerdo en pasarla muy bien. Me atrevo a pensar que fue el mejor semestre de todos. Era un sueño hecho realidad, ser profesor de la Universidad Nacional de Colombia, proponer retos a mis estudiantes y que ellos los aceptaran complacidos.

Con respecto al espacio compartido con los profesores, puedo decir que cada día aprendía una cosa nueva: tomaba nota sobre las inquietudes de mis compañeros y seguía, muy juicioso, las instrucciones de la coordinadora. De hecho, era un grupo que tenía dos coordinadoras, una activa y otra no; y dos profesores que habían sido elegidos hace un año, cuando yo no fui seleccionado. En esa medida, siempre había un aporte, un comentario, una experiencia que enriquecía cada sesión.

Mis comentarios, ya no sólo tenían la curiosidad y emoción de un novato, sino que eran respaldados por un semestre de “experiencia”. Aunque me costaba creer que un semestre en el ejercicio docente (universitario) ya sumara como experiencia válida, pero así era. Todos aportábamos y buscábamos la manera de alimentar el espacio. Sin duda, un espacio de crecimiento para todos.

Sin notarlo, me fui convirtiendo en el profesor que siempre quise ser. Y día a día, venía a mi mente una frase de George Bernard Shaw que decía “dos tragedias hay en la vida: una, no lograr lo que ansía el corazón; la otra es lograrlo”.

Ese semestre me sentí muy bien: sabía lo que debía hacer y cómo hacerlo, mis estudiantes aprendían y se divertían, yo pasaba ratos maravillosos en cada clase, aportaba mis ideas a mis colegas profesores y, como si fuera poco, cuando alguien me preguntaba a qué me dedicaba, yo le respondía con el pecho inflado “soy profesor de la Universidad Nacional de Colombia”.

Sin embargo, la frase de Shaw me asaltaba en los tiempos de ocio, me tomaba por el cuello en cualquier tarde de silencio: *ah bueno, como ya le dicen “profesor”, entonces ¿para qué hacer más? ¡Muy fácil su vida!, tiene la beca, no paga matrícula, dicta clase, le pagan por dedicar su tiempo a la UN. ¡Felicidades!, ¿pongo un puntilla para colgar el diploma del mediocre el año?*

El hábito es una forma de morir, incluso si te habitúas a vivir aquello que soñaste durante años. Alcanzar tus sueños es un arma de doble filo. En ese momento entendí a mis profesores, siempre vinculados con un nuevo proyecto, siempre abriendo puertas, tendiendo puentes y soñando, aún desde los terrenos más encumbrados, siguen soñando con lo imposible: eso los mantiene vivos, eso les da la energía necesaria para levantarse cada día. Entendí a mis profesores de la Nacional, que cumplen 20, 30 y hasta 40 años de vinculación con la UN y tienen una energía envidiable.

También entendí a mis profesores del colegio, y a tantos que me crucé durante una década: ancianos de 30 ó 40 años, que anhelan su pensión para ser liberados, por fin, de la pesadilla de ser los forjadores del nuevo mundo. Están tan hastiados de las imposibilidades de la educación media, que luego de un lustro de trabajo, son cuerpos decrepitos, mal pagos, quejumbrosos que sólo atinan a descargar su ira contra el futuro del país.

Cuidado con lo que sueñas, se te puede cumplir.

Cuando tienes un semestre tan bueno como lo fue aquel, no sabes qué debes hacer al semestre siguiente. La pregunta me persiguió durante un buen tiempo. Acababa de pasar un semestre perfecto: me sentía feliz de lo que había hecho, sabía que había cumplido. Y ¿ahora? ¿Hago lo mismo? ¿Cambio algo que hice bien? Es una decisión muy difícil, mi opción fue hacer lo mismo, y creo que no fue la mejor opción.

Aunque busco recuerdos de mi tercer semestre como profesor, no logro encontrar nada preciso: no podría decir, ni siquiera, cuál fue el salón en el que dicté las clases; no logro recordar algún estudiante o un evento sobresaliente. Tengo imágenes borrosas y me cuesta saber cuáles fueron mis aportes más significativos en este tiempo.

Esto sólo muestra que no hice las cosas bien. Tenía tantas ganas de hacer un semestre tan bueno como el anterior, que terminé calcando mis clases, y en mi memoria sólo reposan algunas actividades extracurriculares. Repetí el cronograma de trabajo, con el objetivo de tener resultados maravillosos, repetí talleres y lecturas. Y a mitad del curso, ya quería que se acabara, estaba aburrido.

Las peores cosas son hechas con las mejores intenciones, como ese curso. Y, para complementar mi desubicación, la coordinadora cambió, y ella llevaba el grupo de una manera diferente y, aunque estábamos de acuerdo en nuestra forma de pensar, bajo su coordinación me sentí un poco desorientado. Mi norte no estaba muy claro, de hecho, creo que se me desdibujó el mapa completo; claro, no por la coordinadora, por mi exceso de confianza.

Ese semestre se acabó mi beca, terminé mis seminarios de la maestría, pero no terminé mi tesis, así que no podía seguir bajo el manto económico de la U, tenía que buscar trabajo. Tristemente, la docencia universitaria exigía el título de la maestría, y mis buenas notas no eran suficientes para convencer a las eminentes universidades bogotanas de abrirme un espacio entre sus profesores.

Luego de tres semestres de absoluta tranquilidad, de exploración constante y de sonrisa ininterrumpida, estaba como al principio. Toda etapa se acaba y todo ciclo se cierra, y así como los otros becarios se habían ido con su conocimiento y su experiencia, yo también salía con mucho qué decir.

Y buscar, no siempre es la solución. Sin duda, hay que mantenerse en movimiento, y las oportunidades nos encontrarán, antes de que nosotros las encontremos a ellas. Me presenté a algunas universidades con la ilusión de aportar lo que había aprendido en este espacio (y tantos otros a lo largo de mi carrera), pero siempre obtuve la misma respuesta:

Profesor, su hoja de vida es muy atractiva, pero para la universidad es absolutamente necesario que los profesores tengan título de maestría. En esa medida, le pedimos que culmine su proceso académico, y con gusto abriremos nuestras puertas para que nos acompañe.

Ciclos, devenir, reiniciar, desaprender y volver a empezar. De eso se trata. Los espacios van cambiando, las necesidades y exigencias crecen, y cada reto es, en un primer momento, insuperable. Ser el novato cada año, ser el experimentado al cabo de un par de meses, y huir del tedio de la cotidianidad, gracias a un proyecto nuevo. Tal vez sea así, hasta que encuentre el campo en el que me sienta tan a gusto, tan inquieto y tan curioso, que me acoja para pasar mi vida allí, sin nunca dejar de aprender, ni de sorprenderme.

Y cuando todo estaba perdido, cuando estaba en el limbo laboral, me llegó uno de los correos que más felicidad me ha traído en mi vida:

Edson, buen día

Te escribo porque nos gustaría que asumieras la coordinación de los cursos nivelatorios de lectoescritura. ¿Estás interesado?

Creo que fue el correo con la respuesta más rápida en la historia de internet. Lo respondí antes de terminar de leerlo. No sólo por mi necesidad económica, sino porque me emocionaba poder explorar un rol diferente, poner mis preocupaciones de siempre en la mesa y no descansar hasta responderlas.

En esta oportunidad, asumí tres cursos. Y mi primera reunión como coordinador fue casi como mi primera clase como profesor de la Nacional, o de italiano, o de pre-icfes: desubicado, afanado, con mucho por decir y poco orden.

Y llegaron las preguntas de siempre, y se sumaron las obligaciones administrativas, y las 16 horas semanales que estipulaba mi resolución, se convirtieron en 20, luego en 30, y luego me despertaba un domingo pensando en cómo solucionar muchas de las situaciones que se presentaban. Y eran tantas variables, y tantas condiciones administrativas, y otras tantas académicas y pedagógicas. Y tuve que entrevistar y elegir estudiantes asistentes, y tomar decisiones sobre eventos y publicaciones, y responder correos de la Dirección Académica, y asistir a reuniones donde se hablaba de proyectos aún más grandes, y... y... y...

Y un día cualquiera, me proponen que escriba un texto sobre mi experiencia como becario, como profesor ocasional, como coordinador, y entre tantas tareas pendientes, atrasadas y urgentes, lo único que se me ocurre responder es:

- ¡Jummmm!

CONTINUARÁ